



La retirada soviética en *LA ÚLTIMA MISIÓN EN AFGANISTÁN* (2019), de Pavel Lungin

Por IGOR BARRENETXEA
MARAÑÓN

El director ruso Pavel Lungin, de cuya filmografía se pueden señalar algunos títulos destacados como *Taxi Blues* (1990), *La boda* (2000) y *El zar* (2009), cosechando algunos premios internacionales, se adentra en uno de los capítulos más controvertidos de la historia de la Unión Soviética: la invasión de Afganistán (1979-1989).



Ganadora del premio al mejor guion del Festival de Shanghái, la historia se ambienta justo en los meses finales en que transcurre la retirada definitiva del país, en 1989, cuando Gorbachov acuerda el regreso de las unidades soviéticas de las irredentas tierras a los pies de Hindú Kush. Unas de las últimas divisiones de infantería motorizada, la 108, se encuentra llevando a cabo los preparativos para abandonar su base, pero se topa con un grave problema: su única vía de salida del agreste territorio es por el paso de Salang, un estrecho desfiladero donde un grupo de muyahidines, al mando del *Ingeniero*, hacen estragos a sus unidades.

Todo se complica más cuando los muyahidines logran derribar un Mig, pilotado por Alexander, el único hijo del general Vasiliev, comandante de la 108. El general encomienda a Dimitri, un curtido coronel del KGB que opera en la zona con sus hombres, que rescate a su hijo por todos los medios. Pero no solo se trata de una realización de acción, sino que, tras este suceso, inspirado en hechos reales, y que recuerda a otra soberbia película ambientada en Chechenia, *El prisionero de las montañas* (1996) (adaptación de la novela de Tolstoi), se lleva a cabo una radiografía veraz y acertada del final de la campaña soviética.

Frente a las visiones manidas y propagandísticas del cine norteamericano, *Rambo III* (1988), el filme de Lungin se mueve por unos derroteros muy realistas, con personajes de carne y hueso, en los que se presenta a unos soldados soviéticos corrientes, más preocupados por sacarse unos ingresos extra, saqueando caravanas que se dedican a comerciar con estupefacientes, para regresar con algún bien a casa, que por luchar contra la guerrilla o sentir que están realizando algún gran servicio a la patria. Se retratan, con claridad, las idiosincrasias de la nueva realidad impuesta por las fuerzas de ocupación soviéticas y en la que, al final, el gran ideal de extender el socialismo en aquellas tierras acabaría en nada. O, más bien, con un terrorífico balance de 15.000 soldados rusos fallecidos y la imposibilidad de apuntalar un Gobierno comunista capaz de controlar un vasto y abrupto territorio.

Del mismo modo, en este matizado retrato se recogen las simpatías locales, pues no todos los grupos étnicos estaban en franca guerra con los soviéticos, como policías o

comerciantes, en un floreciente mercado negro, donde se abren a relaciones de amistad y lealtad, y se pone de relieve, aunque sin ahondar, las rivalidades existentes entre las tribus afganas, con odios enconados.

El relato está aderezado, como no podía ser menos, con acciones bélicas, pero estas se presentan de una forma desnuda y fría, nada que ver con ningún rancio heroísmo, sino con una mera lucha por la supervivencia, con hombres que dudan, que actúan por instinto o mueren de mala manera. Tampoco se olvida el director de enfatizar otros aspectos negativos, como la cuestión de la corrupción dentro del seno del Ejército Rojo, en la figura de un sargento que no duda en querer vender armas de gran potencia a los enemigos, con el fin de irse con un rico botín antes de la retirada. Sin embargo, este se acabará uniendo a la suerte del joven piloto detenido en las montañas afganas, cuando es secuestrado por no cumplir con su palabra. Lo que permite observar que los muyahidines son hombres de honor, aunque sus códigos de conducta ancestrales sean tremendamente crueles.



Así mismo, el conflicto se presenta con sus marcadas líneas grises, donde abundan las tradiciones, entre los propios muyahidines, como cuando un jefe local colabora con los soviéticos para encontrar al piloto, o ya, propias, cuando el “uzbeko” hace lo mismo, para

obtener una recompensa de los muyahidines, y lograr la dote para casarse. Pues, como en toda esfera de la vida, el poder del dinero es tremendamente seductor y tentador frente a los ideales.



Es, por todo ello, una película incómoda, plagada de sustancia crítica y muy humana, porque aunque tiene el defecto de no desarrollar del todo a los personajes por igual, en un reparto que se podría considerar coral, cada uno de ellos no deja de ostentar una serie de rasgos muy diferentes entre sí, desde el soldado de a pie que solo busca ganarse un dinero, al sargento corrupto, pasando por el teniente novato, “el griego”, que decide cumplir con su deber ofreciéndose como rehén, hasta llegar a un soldado ruso que se ha hecho muyahidín, tras haber pasado seis meses prisionero.

Es una realización bien construida, con una lograda ambientación natural y atrezo, compacta, cercana a un cine comprometido a la hora de denunciar los conflictos, estilo *Green zone* (2010), denso y complejo, alejado de ese otro nacionalista dedicado a la exaltación de la Gran Guerra Patria rusa, si bien,

cuidando las formas, en un carácter un tanto paternal, ya que omite o no alude a las brutalidades generales realizadas contra la población civil en aquellos años.

Última misión en Afganistán se cierra de una forma terrible y aleccionadora, señalando que aquel que juega con armas, por desgracia, por buenas intenciones que tenga, acaba víctima de la situación. Y aunque la producción no acaba de encajar todas las piezas, hay momentos en los que la trama se dispersa, rebajando parte de su tensión dramática, Lungin logra construir una de las obras más logradas, hasta la fecha, sobre lo que fueron aquellos acontecimientos previos al colapso soviético y arranque de lo que sería el funesto Afganistán talibán. Un aporte necesario y útil que, por un lado, contribuye a perfilar mejor aquel marco desde una memoria audiovisual rusa y, por otro, su discurso se presenta de un modo objetivo, remarcando los

claroscuros del mundo castrense y desmitificando la *historia oficial* de su noble retirada.

T.O.: *Bratstvo*. **Producción:** Pavel Lungin Studio (Rusia, 2019). **Dirección:** Pavel Lungin. **Guión:** Aleksandr Lungin y Pavel Lungin.

Fotografía: Igor Grinyakin. **Intérpretes:** Aleksandr Kuznetsov, Kirill Pirogov, Yan Tsapnik y Mikhail Kremer. **Duración:** 113 min. **Premios:** Festival Internacional de Shanghai (2019), Mejor guion.



